



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 3 – 25 de marzo de 2015

Razones para una actualidad

Manuel Parra Celaya

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación

Los españoles hemos sido objetos –y nunca mejor empleado el término– de una maquiavélica operación de los expertos de la *ingeniería social* para hacernos olvidar nuestra historia, cuando no para menospreciarla o recibirla fraccionada o tergiversada.

Acontecimientos y personajes que, en otras naciones, hubieran sido atendidas con interés o especial atención han desaparecido aquí por el escotillón de los planes de estudio y de las aulas; hágase la prueba comparando los conocimientos sobre su pasado colectivo de un escolar británico, francés o norteamericano, pongamos por caso, con los de un alumno de nuestra ESO, que suele desconocer, ya no la datación aproximada, sino la especial significación que tuvieron las Navas de Tolosa, Lepanto o el asesinato del general Prim. En unos casos, puede atribuirse a la malhadada cesión de las competencias educativas a las Comunidades Autónomas en manos nacionalistas; en otras, a los efectos de un sectarismo de partido o, simplemente, a la desidia interesada.

Con todo, hay temas que, aunque no figuren en el currículo escolar, han resistido este barrido de nuestra historia y uno de ellos es la figura de José Antonio Primo de Rivera, que parece cobrar más actualidad a medida que avanzamos en el siglo XXI. El número de obras sobre él editadas en los últimos tiempos supera con mucho al del que existía a disposición del público durante el régimen anterior; y, por supuesto, el interés actual por el personaje no tiene parangón con el que se demuestra hacia quienes compartieron con él cierto protagonismo histórico en aquellos años.

Así, en este primer trimestre de 2015 se han expuesto en las librerías dos libros más: *Rosas de plomo*, de Jesús Cotta Lobato, sobre la amistad del Fundador de la Falange y el poeta Federico García Lorca, y *Las últimas horas de José Antonio*, de José M^a Zavala, que fue entrevistado por Iker Jiménez, ante las cámaras de *IV Milenio*, y por Carlos Herrera en *Onda Cero*. Además, va por la tercera edición *El último José Antonio*, de Francisco Torres. A esta obra impresa podemos sumar el al parecer próximo estreno del musical *Mi princesa roja*, de Álvaro Sáenz de Heredia en un céntrico teatro madrileño.

Un simple análisis del mercado desmiente de antemano que mis palabras representen un panegírico propagandístico –que sería legítimo pero sin duda pasado por alto por los lectores en aras de la objetividad– pues es evidente que ni editores ni empresarios teatrales se mueven por asomo alguno de romanticismo.

Como tampoco se movía por romanticismo el propio Primo de Rivera, y quizás esté en ello una de las claves de la persistencia del interés del público por su persona, a los casi ochenta años de su fusilamiento en Alicante; por el contrario, tanto su biografía como su pensamiento pueden inscribirse

El proceso contra José Antonio Primo de Rivera

Ha llegado a Alicante el magistrado del Tribunal Supremo D. Federico Enjuto Sanjuán, que fué designado juez especial que entiende en la causa contra el jefe de Falange Española, José Antonio Primo de Rivera.

dentro de los cánones del más sólido clasicismo, como reconoció Eugenio d'Ors al otorgarle el título de *novecentista*.

Otra razón puede estribar en sus sólidas creencias católicas, que dan fundamento a toda su teoría, recordándonos aquello que afirmaron personajes tan dispares como Proudhon y Balmes de que toda política descansa, en el fondo, sobre lo religioso; José Antonio fue consecuente, en su vida y en su muerte, con su credo, lo que no puede dejar de extrañar en momentos de relativismo y de nihilismo. Por supuesto, un motivo de atracción está en sus ideas de transformación radical de estructuras sociales y económicas que reputaba –como lo siguen haciendo muchos ciudadanos de hoy– de injustas.

Tampoco se pueden descartar las sólidas fuentes en que bebió en busca del rigor intelectual para sus planteamientos, lo que, unido a su brillante base jurídica profesional, le hizo merecedor del elogio de propios y extraños; citar a los primeros podría resultar reiterativo, no así los segundos: Abad de Santillán, Manuel Azaña, José Bergamín, Santiago Carrillo, Rosa Chancel, Buenaventura Durruti, Largo Caballero, M^a Teresa León, Madariaga, Martínez Barrio, Ian Gibson, Stanley G. Payne, Hugh Thomas, Paul Preston...

Para no alargarme, permítanme citar dos buenas frases sobre el personaje. La primera, de Javier Reverte: «*Su retrato personal continúa siendo un enigma que, tal vez, nunca llegará a aclararse*»; posiblemente, el excelente periodista y novelista dispondrá ahora de más datos... La segunda, del maestro Enrique de Aguinaga, que, en sutil paradoja, le atribuye el «*fracasar con éxito*»: fracasar por no haber evitado una guerra civil; fracasar por no haber conseguido en la práctica la síntesis de los valores necesarios de la derecha y de la izquierda; fracasar por no haber visto cumplido su ensueño de «*armonizar al hombre con su entorno*». Esperemos que, por lo menos, no fracasara en el deseo expuesto en las últimas líneas de su Testamento: «*Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles*».

El País vuelve a manipular la historia...

Francisco Torres García

Diario Ya

Leo con escaso asombro la segunda entrega –de la tercera mejor ni hablar– de documentos inéditos publicada por *El País* –¡qué manía tienen algunos con eso de que lo que sus pretendidos inéditos cambian la historia!–. No es nada nuevo ver sobre el papel la tesis de que Franco despreciaba a José Antonio, para poder así luego sostener que, por ambición y cálculo político, el general más joven de Europa, el máximo prestigio militar español en su época, presa de los celos, no hizo todo lo posible por salvar al joven líder del paredón de fusilamiento. La pléyade de expertos en tal aserto es tan larga como su capacidad de censurar aquello que molesta a la tesis o incluso establecer una disección entre lo que una misma persona ha dejado como testimonio.



Ya en mi libro *El último José Antonio* subrayaba la curiosa proscripción en los trabajos que versan sobre el particular de la última propuesta realizada desde la zona nacional para intentar un canje. Curiosamente es la única que hizo personalmente Francisco Franco –los demás intentos fueron propuestas de otros a los que él brindó su apoyo y colaboración–. Fue el cuatro de noviembre de 1936 –el juicio comenzó el día 16–. Franco ofrecía un canje por el diputado socialista, líder de la revolución de octubre, Graciano Antuña y 4 millones de pesetas. Como *El País* ha tenido la amabilidad de convertir en euros actuales las cifras de la época, cifras por cierto coincidentes con los cálculos que yo hice en mi trabajo –pese a las

dificultades de valorar la moneda en los primeros meses de la guerra–, resulta que Francisco Franco, el hombre que según la nueva entrega de un tal Jesús Ruiz Mantilla despreciaba a José Antonio, que lo quería «mejor muerto que vivo», ofreció para facilitar el canje la nada desdeñable cantidad de 4

millones de pesetas de la época que actualizadas a euros actuales son unos 8.660.080 Euros, casi 1.500 millones de pesetas. Curiosa forma de detestar, sobre todo porque además había autorizado, para otra operación de canje, el gasto de seis millones de pesetas: unos 12.990.120 Euros o 2.156 millones de pesetas. Gasto que por cierto fue criticado por otros sectores de la zona nacional, tal y como se desprende de un testimonio de Fal Conde (los carlistas comenzaron a reunir un millón de pesetas de la época para colaborar). Evidentemente con estas cifras en la mano resulta difícil pensar que Franco detestara a José Antonio.

Eso sí, dado que la antipatía mutua, los celos y similares tienen muy poca base documental y sólo queda un testimonio al que todos hacen referencia, casi siempre de forma incompleta, Jesús Ruiz Mantilla y *El País* nos presentan por fin el documento que demuestra de forma fehaciente el desprecio de Franco: la contestación que por orden suya se transmite a una supuesta y desconocida «novia» de José Antonio que escribe al «Excmo. General Franco» el 24 de noviembre de 1936.

No sé si la redacción de el diario *El País* ha querido jugarle una mala pasada a su articulista al situar junto a su segunda tontería, rotulada con el titular sensacionalista de «El desprecio de Franco por José Antonio», una entrevista con Raúl Zurita en la que se destaca como síntesis y epígrafe su sentencia «Vivimos la agonía del idioma». Ignoro si la pluma del señor Ruiz Mantilla es agónica, pero de lo que no tengo ninguna duda es que necesita con cierta urgencia repasar la asignatura de «análisis y comentario de textos», porque nadie creería que un periodista de *El País* se deje llevar por los prejuicios, la falta de investigación o la práctica de la manipulación.

**José Antonio Pri-
mo de Rivera,
condenado a
muerte**

**Y SU HERMANO, A TREIN-
TA AÑOS DE PRISION**

**ALICANTE 19 (9 m.). — Ha
terminado la vista de la causa
contra el jefe de Falange Es-
pañola, José Antonio Primo de
Rivera. La sentencia ha sido
condenatoria. El jefe de Falan-
ge Española ha sido condena-
do a la pena de muerte. Su her-
mano Miguel, a treinta años, y
la mujer de éste, a seis años.**

2

Dispuesto a sorprendernos el periodista nos trae una carta dirigida a Franco por la «novia de José Antonio». Aclaremos para su disgusto que no es ninguna novedad. Hace ya años José María García de Tuñón –¡Ah la funesta manía de algunos de no indicar las fuentes!– escribió sobre esta carta que estaba a la venta a un elevado precio en un anticuario de la villa. Merced a su investigación hice referencia a ella en mi libro *El último José Antonio*. Lamentándolo mucho *El País* no nos desvela lo esencial, la identidad de, según el autor, «una de las misteriosas amantes de José Antonio» – corrección novia y amante no son sinónimos, aunque lo parezca ni significan lo mismo–. ¿Quién es María Santos Kant vecina de Segovia? Ya podría *El País*, que tiene dinero y medios, haber enviado al señor Ruiz Montilla a investigar en la calle citada pues Segovia no ha cambiado tanto, pero el periodista se ha conformado con consultar los índices onomásticos de unos libros y mirar en Google según nos informa. ¡Ay, en lo que ha quedado el periodismo de investigación!

Si el periodista hubiera trabajado más se habría encontrado con algunas variables: primera, que se tratara de la misteriosa Isabel, chica como la firmante de la Sección Femenina, que conoció a finales de 1935 y de la que se conservan varias cartas –cabría la posibilidad de que se

llamara María Isabel o que utilizara un seudónimo–, pero de la que sabemos que vivía en la calle Santa Engracia de Madrid; segunda, que fuera Carmen Magallón que si no recuerdo mal o era de Segovia o tenía relación con la localidad; tercera, la que me parece más plausible, que fuera un seudónimo de mujer muy conocida, también falangista, que sí me consta se dirigió al Cuartel General y que por ello sería posible que se le contestara y de la que hablo en mi libro. Esta última opción es la más lógica y la propia carta nos deja entrever que es un nombre falso, pues nos indica que para contestarle «las señas más seguras son». De otra parte esta carta y la respuesta ha salido de una partida de documentos de Franco que sorpresivamente salieron a venta. Precisamente por ser importante Franco la guardó.

La identidad, salvo por la curiosidad, es lo menos trascendente. Lo fundamental para el articulista es presentar a un Franco frío, cruel como demuestra la respuesta que da a la pobre novia que se agarra como un clavo ardiendo a que su amado no haya muerto. Franco ni siquiera se toma la molestia de contestarle directamente, sino que lo encarga a su secretaria, lo que como todos sabemos es muy extraño en el proceder de un Jefe de Estado. Amén de esto es en el análisis de la respuesta donde el periodista muestra su escaso conocimiento del contexto –en realidad no hace análisis alguno–. Dejo a un lado sus «piropos» a José Antonio y su entierro, «procesión propia de santurrón medieval». Pero es que en realidad José Antonio interesa muy poco al señor Ruiz Mantilla, solo es un recurso para meterse con un Franco deseoso de verlo muerto para quedarse con un «asentado corpus ideológico... para fundamentar su política de odio».

Cerremos este comentario con el análisis de la respuesta de la que el autor deduce el desprecio de Franco. Apliquemos algo tan elemental como la lógica: una señorita escribe a Franco diciendo que es la «novia de José Antonio». Como partimos de la base de que era alguien conocido y no una chalada, que es lo que en primera instancia podría pensarse, el general Franco, que no debía tener otro asunto más importante que atender mientras intentaba sostenerse ante Madrid y evitar la llegada de material soviético, ordena que se le conteste. Estoy seguro que ni le pasó por la cabeza preguntar si José Antonio tenía una novia. Evidentemente contesta por consideración a José Antonio. En ello no puede ir mucho más allá de lo que aparece en el texto que, al contrario de lo que anota el periodista, está muy lejos del desprecio. Algunos con insidia han utilizado lo que no dice la carta como prueba, ese «ese señor», pero lo que la carta dice es «dicho señor» porque once palabras antes (incluyendo artículos) ya se menciona a Primo de Rivera, lo que supondría una reiteración. Dejando a un lado la gramática lo sorprendente es que Franco, que evidentemente no sabe «directamente nada relativo a la suerte» –otra frase que el periodista considera prueba de desprecio– de José Antonio, ordene que se confirme indirectamente que el fundador de la Falange ha sido fusilado («no es creíble que lo digan sin que sea ello verdad, pues el mentir en este asunto no tendría para ellos utilidad»). No ha reparado el periodista en que Franco se había comprometido con la decisión de la Falange, tomada en su Consejo Nacional, de no difundir la muerte de José Antonio y pese a ello confirma la muerte sin comprometerse. No quiere dar falsas esperanzas a esa novia. Cierra con un «sintiendo no poderle dar mejores noticias». Y es que Franco no podía en realidad ir mucho más allá.

Precisiones sobre los *Papeles póstumos de Jose Antonio*

En estos momentos, en los que, afortunadamente, están apareciendo diferentes libros en relación con José Antonio Primo de Rivera, nos parece interesante traer a estas páginas el ensayo de Enrique de Aguinaga publicado en *F.F.*, Boletín Informativo de la Fundacional Nacional Francisco Franco, en Mayo de 1997. Por mor de la brevedad, hemos suprimido las numerosas citas a pié de página del original, pero, si alguno de nuestros lectores está interesado en el ensayo completo, gustosamente se lo enviaremos

Enrique de Aguinaga

En 1983, Miguel Primo de Rivera y Urquijo declaró haber recibido, a título de heredero, en enero de 1977, la maleta en que José Antonio, en la cárcel de Alicante, guardaba sus efectos personales. A partir de ese momento, lógicamente, se activa la demanda de publicar los papeles que tal maleta contenía.

Indalecio Prieto, que la recibió por medio del coronel Sicardo, retuvo la maleta desde 1936 hasta su fallecimiento, en 1962. Después, siguió retenida por su albacea, Victor Salazar, que en 1977 se personó en Madrid para entregar a Miguel Primo de Rivera y Urquijo las llaves de la caja del Banco Central de México, donde estaba depositada la maleta que, finalmente, José Gárate trajo a España. Según Prieto, con testimonio de Augusto Assia, fue el propio José Antonio quien dispuso, por escrito, que la maleta se

le entregase al dirigente socialista .

Ante mi requerimiento, como consecuencia de sus declaraciones a *Interviú*, Miguel Primo de Rivera y Urquijo manifestó que no había hecho inventario de los papeles en cuestión, que eran muy escasas las posibilidades de su conocimiento (Gibson, al menos, ya había tenido ese privilegio, seguramente compartido por Adolfo Suárez, Torcuato Fernández Miranda y el Rey Don Juan Carlos) y que su publicación quedaba demorada «sine die».

Después de diecinueve años de espera, por fin, en 1996, con la decisiva colaboración de Rafael Borrás, se publica *Papeles póstumos de José Antonio* en cuyo prólogo Miguel Primo de Rivera y Urquijo hace tres afirmaciones:

1. Que durante diecinueve años (1977-1996) había reservado los papeles por consejo de «algunas personas muy importantes en aquellos momentos».
2. Que Franco había intentado infructuosamente conseguir los papeles «desde que tuvo conocimiento de su existencia hasta el fin de sus días»
3. Que los papeles «muestran claramente la evolución ideológica asumida por José Antonio desde su encarcelamiento hasta su fusilamiento».

A la vista de estos antecedentes, a la vista de la relación «completa y fidedigna de los papeles póstumos y otros documentos» dejados por José Antonio en su celda de muerte, son tres las cuestiones necesitadas de precisión:

1. La naturaleza e importancia de los «papeles»,
2. El interés de Franco por su conocimiento y
3. La evolución del pensamiento político de José Antonio en los cinco meses y medio de permanencia en la prisión de Alicante.

«Papeles» o «escritos»

Miguel Primo de Rivera y Urquijo, en su libro, relaciona y numera 131 documentos, agrupados en cuatro carpetas, como «papeles póstumos». De ellos, el libro reproduce aproximadamente la mitad (77, exactamente) ya que hay una primera distinción necesaria entre los papeles que José Antonio guardaba y los papeles por él escritos en la cárcel. El lector puede recibir la impresión de que en el libro se confunden «papeles», «escritos» y «documentos» para mejorar la idea del depósito; pero, en cualquier caso, lo que procede inicialmente es separar, en aquella relación, los que son realmente «escritos de José Antonio».

Así, en un primer expurgo, habría que prescindir de 36 cartas, 17 tarjetas y 2 telegramas dirigidos a José Antonio; 20 cartas ajenas dirigidas a otras personas; 4 documentos relativos a su procesamiento; 2 recortes de Prensa; un mensaje de la ciudad de Toledo del siglo XVI; un escrito de su hermano Miguel; y un librito de oraciones.



A aquellos 84 «papeles» de los que José Antonio no es autor hay que añadir una notación tan vaga como desconcertante («Poesía, ensayos políticos y filosóficos») así como otras tres notaciones extravagantes, por su imposibilidad manifiesta de ser incluidas en el conjunto de «papeles dejados por José Antonio en la cárcel de Alicante»: su acta de defunción, fechada en

1940; un oficio del teniente general Miaja, fechado en 1939; y una carta de Don Juan de Borbón, fechada en 1959. Son, por tanto, 88 los «papeles» no escritos por José Antonio, de modo que los «escritos de José Antonio» quedan reducidos a cuarenta y tres.

Los 43 «escritos de José Antonio» se clasifican así: 24 copias de cartas (una no se envió); 5 documentos

políticos; 4 ensayos políticos; 4 escritos literarios; 3 artículos; y 3 escritos testamentarios.

¿Se pueden calificar como «póstumos» aquellos 43 escritos? Póstumo es, en efecto, lo que sale a luz después de muerto su autor; pero, en el planteamiento de «Papeles póstumos de José Antonio», de la selección anterior, habría que separar los escritos anteriores a su ingreso en prisión y los que se hubieran publicado antes de la edición del libro. Veamos el detalle.

De las 24 cartas, las catorce escritas en la cárcel en vísperas de su muerte están publicadas desde hace muchos años en diversas ediciones de *Obras Completas*. Las otras 10 son anteriores.

De los 5 documentos políticos, el más importante, «Análisis sobre los orígenes de la guerra y su idea para solucionar la situación creada» (que contiene la famosa calificación de «un grupo de generales de honrada intención; pero de desoladora mediocridad política»), ha sido publicado reiteradamente (Payne, Gibello, Rojas, Gibson, del Río, Arce, etc.) desde que Indalecio Prieto lo hizo en la revista *Mañana*, en México, en 1947.

De los 4 ensayos políticos, los dos más importantes, «Germánicos contra bereberes» y «Cuaderno de notas de un estudiante europeo», fueron publicados en *Razón Española*, en 1993. De «Germánicos» hay, al menos, noticias publicadas en 1964 y 1969.

Visita nuestra página web:
www.fundacionjoseantonio.es

De los 4 escritos literarios, fechados a partir de 1923, carentes de significación política, cabe decir que deberían seguir inéditos si se hubiera cumplido la disposición testamentaria del propio José Antonio: «Que destruyan todos los [papeles] que contengan trabajos meramente literarios y los que sean simples esbozos y proyectos en periodo atrasado de elaboración».

De los 3 artículos, solo uno, «La cuestión de Abisinia, asunto inglés», era inédito.

Y, en fin, los 3 escritos testamentarios (el testamento y los dos documentos complementarios) son proverbialmente conocidos.

Por lo tanto, los escritos póstumos, significativos y, en esta condición, inéditos hasta la publicación del libro, son tres: «La cuestión de Abisinia, asunto inglés» (artículo, fechado en 1935), «Aristocracia y aristofobia» (ensayo, sin fecha) y «Estado, individuo y libertad» (guión, sin fecha, que corresponde a la conferencia pronunciada con este mismo título el 28 de febrero de 1935).

¿Qué novedades aportan realmente estos tres documentos?

El interés de Franco

Es altamente dudoso que Franco tuviese un interés obsesivo por los papeles de José Antonio, de los que, por pura lógica, no cabía esperar sorpresa alguna. A las filtraciones hay que sumar los recursos informativos del Estado para disipar la intriga que, por otra parte, estaba disipada por el depositario, Indalecio Prieto.

Antes de que se abriera públicamente la maleta de José Antonio, operaba una conclusión de sentido común: si entre los papeles de José Antonio existiese un solo párrafo que afectase al Estado español ya habría sido aireado por Prieto como aireó en 1947 el «Análisis sobre los orígenes de la guerra». El hecho de que Prieto no hubiera difundido otros documentos que los que difundió es prueba palmaria de que, aparte los valores emotivos y ejemplares, no existía en ellos materia política sustancial que no se conociese.

¿Evolución política?

Más dudosa e insostenible es la supuesta evolución política de José Antonio en la prisión, a pesar de que Miguel Primo de Rivera y Urquijo llegue a calificarla de «evolución brutal».

¿Cuales son las pruebas de la supuesta evolución? ¿Quizá los tres escritos que, como inéditos, han sido reseñados? ¿Quizá los escritos anteriormente publicados y, por lo tanto, nada sorprendentes? ¿Quizá el famoso «Análisis» publicado por Prieto hace sesenta y cuatro años? ¿Quizá los dos ensayos publicados

por *Razón Española* en 1993? ¿Dónde está la sorprendente evolución, si no es, como la supuesta obsesión de Franco, una simple fórmula para la lista de «libros más vendidos»?

Algunos quieren apreciar como novedad o evolución la crítica del fascismo, «absorción del individuo en la colectividad» (en «Cuaderno de notas de un estudiante europeo»). Así demuestran lo poco o lo mal que han leído a José Antonio, que, de modo reiterado y rotundo, desde la fundación de Falange, se niega ser fascista, a pesar de la compulsión de la derecha y de la izquierda.

Frente a la suposición, carente de cualquier prueba, José Antonio no solo no modifica su pensamiento político sino que lo afirma clamorosamente en dos documentos finales, estremecedores, que no tienen vuelta de hoja, que son pruebas definitivas: su informe ante tribunal que le condena a muerte y su portentoso testamento.

Preguntas pendientes

Aparte su muy relativa novedad, *Papeles póstumos de José Antonio* no es un modelo de método. La catalogación y el tratamiento de los documentos dejados por José Antonio en su celda de muerte son manifiestamente mejorables, necesitados de cuidados elementales en trabajos de esta naturaleza.

Sobre esta base, quedan flotando muchas cuestiones que mantienen su confusión y que se resumen en las siguientes preguntas:

¿Cómo es que Miguel Primo de Rivera y Urquijo declara haber recibido de Víctor Salazar «las dos maletas que tenía José Antonio en la cárcel de Alicante»?

¿Cómo es que no figura en el catálogo de papeles póstumos la «agenda copiosamente anotada» a la que se refiere Miguel Primo de Rivera y Urquijo en el prólogo de su libro?

¿Cómo es que Laureano López Rodó y Joaquín Aguirre Bellver, en 1969, dijeron conocer el ensayo «Germánicos contra bereberes», antes de que los papeles llegaran a Miguel Primo de Rivera y Urquijo en 1977?

¿Cómo es que dicho ensayo fue conocido por Aguirre Bellver gracias a que «se lo había dejado leer su depositario, Miguel Primo de Rivera y Urquijo», en 1969, ocho años antes de que le llegara en la maleta de José Antonio?

¿Cómo es que el ensayo «Germánicos contra bereberes. 15 siglos de Historia de España» se reproduce incorrectamente en el libro de Miguel Primo de Rivera y Urquijo como «España: Germanos contra bereberes»?

¿Cómo es que aquel ensayo se presenta en el libro de Miguel Primo de Rivera y Urquijo dividido en seis números, que no aparecen en el original; pero que si aparecen añadidos en la reproducción de *Razón Española* de 1993?

¿Cómo es que en aquel ensayo, en el libro de Miguel Primo de Rivera y Urquijo, se repiten las erratas introducidas en la transcripción de *Razón Española* (cuarenta, según García de Tuñón) algunas de ellas tan gruesas como «Victoria» por «Historia» o «sucesor» por «secuaz»?

Valor positivo

Al margen de los «papeles» en cuestión (menos de la mitad de las páginas del libro), *Papeles póstumos* supone una aportación muy notable a la difusión de la figura y el ideario de José Antonio. Es efectivamente muy positivo que una editorial de primer orden recoja en un libro actual e instale en el mercado nada menos que 182 páginas dedicadas a José Antonio: Semblanza (41), Textos (78); Juicios (24); Imágenes (3); y Bibliografía (7).

Esto es, en definitiva, lo que hay que agradecer a Miguel Primo de Rivera y Urquijo, así como a Plaza & Janés, por encima de las particularidades, tan críticas, de los «papeles» que titulan el libro: una presentación de José Antonio que rompe el silencio a que sigue sometido por las censuras que no dicen su nombre.

Bibliografía

Con diversidad de puntos de vista, se han referido a *Papeles póstumos de José Antonio*:

- Feliciano Correa: «Del mito al desencanto», en *Hoy*, Badajoz, 17 de noviembre de 1996.
- Antonio Elorza: «La maleta de Alicante», en *El País*, Madrid, 20 de noviembre de 1996.
- Gonzalo Fernández de la Mora: «Libros», en *Razón Española*, Madrid, enero-febrero de 1997.
- Jesús García Calero: «En manos de Prieto durante décadas, ven la luz los últimos textos del fundador de la Falange», en *ABC*, Madrid, 9 de octubre de 1996.
- Antonio Gibello: «Reproche y elogio de Miguel Primo de Rivera», en *MENS*, Madrid, octubre de 1966.
- Enrique Hermana: «Libros y revistas», en *Altar Mayor*, Madrid, noviembre de 1996.
- Ángel Maestro: «Crónica de libros», en *Cuadernos de Encuentro*, Madrid, diciembre de 1996.
- Diego Márquez Horrillo: «Primo de Rivera», en *ABC*, Madrid, 5 de enero de 1995.
- Miguel Ángel Mellado: «La maleta de “El Ausente”», en *El Mundo*, Madrid, 17 de noviembre de 1996.
- Jaime Peñafiel: «Los tres monos», en *El Mundo*, Madrid, 3 de noviembre de 1996.
- Miguel Primo de Rivera: «Los “papeles” de José Antonio», en *El País*, Madrid, 29 de septiembre de 1996; «Papeles de José Antonio», en *ABC*, Madrid, 3 de noviembre de 1996.
- Carmen de la Serna: «Miguel Primo de Rivera publica los papeles póstumos de su tío», en *Época*, Madrid 21 de octubre de 1996.
- Ramón Serrano Suñer: «José Antonio y Serrano Suñer», en *ABC*, Madrid, 25 de noviembre de 1996.
- Manuel Valdés Larrañaga: «José Antonio», en *ABC*, Madrid, 18 de octubre de 1996; «Primo de Rivera», en *ABC*, Madrid, 19 de noviembre de 1996.
- *No importa*, «Papeles póstumos de José Antonio», Madrid, noviembre de 1996.

José María Zavala y su último libro

José M^a García de Tuñón

Acabo de finalizar la lectura del libro de este periodista y nada más lejos de mi intención escribir una crítica sobre su obra porque eso lo dejo para los especialistas que, según les caiga el causante, se inclinarán de un lado o de otro a la hora de redactarla. Hay que reconocer que a este autor le abren las puertas de muchos medios que están cerradas a otros. Hay que reconocer también que ha llegado a tener una íntima amistad con varios miembros de la familia Primo de Rivera, hasta el punto que le han facilitado mucha información, sobre el fundador de Falange, que otros no han conseguido porque se la han negado. Es un mérito de José María Zavala y eso hay que reconocérselo. Cuando saca a la venta un libro consigue estar de actualidad, aunque una gran mayoría de los que le entrevistan, por regla general, carecen de conocimientos suficientes sobre quien fue José Antonio Primo de Rivera.

No pretende, pues, como adelanté, hacer de su libro una crítica, pero sí alguna que otra puntualización. En primer lugar cuando se refiere al hermano falangista del anarquista Buenaventura Durruti dice, y dice bien, que tuvo en León un Consejo de Guerra, causa 405/37, pero no cita de dónde sacó la información. Por otro lado manifiesta que se llamaba Pedro Marciano cuando lo cierto es que altera los nombres porque se llamaba Marciano Pedro y siempre estampaba su firma con el primer nombre solamente, añadiendo, lógicamente, bien visible, el apellido Durruti.

Cuando Zavala escribe sobre la maleta de José Antonio y explica que recién inaugurada la transición política en España, Víctor Salazar, albacea de Indalecio Prieto, le hace entrega a Miguel Primo de Rivera y Urquijo de las llaves de una caja fuerte del Banco Central de México donde, al parecer, estaba la maleta. Pero no nos cuenta que, al menos algún papel que contenía esa maleta, ya se había referido a él el periodista Joaquín Aguirre Bellver en un artículo que escribió el 1 de abril de 1969 en el diario *S.P.* porque se «lo había dejado leer su depositario, Miguel Primo de Rivera y Urquijo». Por otro lado, todos sabemos que a principios de 1938, Indalecio Prieto, como enviado de la República, visitó países hispanoamericanos –no latinoamericanos, invento francés, como dicen algunos cursis– y es en uno de estos países donde le coge el fin de la guerra. Cabe preguntarse entonces si Prieto al salir de España, que es de suponer tendría pensado volver, se va ya con esa maleta. Todas estas cosas no nos las aclara quien

dicen es autor de referencia de la divulgación histórica de España.

En otras páginas, Zavala, nos escribe de la correspondencia entre el general Mola y José Antonio y que éste recurría a un zapatero remendón, no cita el nombre, de Pamplona para enviarle las cartas al militar; aunque del contenido de las mismas nada sabemos. Dice el propio Zavala que las que recibía José Antonio pudo muy bien haberlas quemado, pero nada dice de las que recibía Mola. ¿Fueron quemadas también? En otro momento escribe que José Antonio, sin citar la fuente, accedía a que «los 7.000 falangistas de distintos pueblos de Navarra» (entrecomillado en el original) que iban a sumarse a las tropas regulares procedentes del norte de España luciesen el uniforme militar en lugar de la camisa azul de Falange, zanjando así la disputa mantenida con Mola en cartas anteriores. Mire Vd. señor Zavala, desconozco de dónde ha sacado esa cifra de falangistas porque en todo el libro no escribe ni un solo pie de página que diga la fuente que lleve al lector al origen de su información. Si hubiera consultado el libro *Visto y vivido* escrito por una gran mujer, la jurista Mercedes Fórmica, quien recogiendo una cifra, que hace suya, del ex ministro Pedro Sainz Rodríguez, dice que el número de falangistas antes de la guerra no llegaban a dos mil. Quizás esta cifra sea corta, pero los siete mil, solo en Navarra, es una exageración. Ni tan siquiera el navarro Rafael García Serrano se atreve a dar una cifra imposible de demostrar.



En otra de sus páginas, con su manía de no citar la fuente, escribe sobre un pacto entre el general García Aldáve y Diego Martínez Barrio. El militar invocó el del 24 de julio de 1936, pero que desgraciadamente para él había dejado de existir políticamente Martínez Barrio tras presentar su dimisión cuatro días antes. Cierto que había dimitido ante la imposibilidad de formar Gobierno que le había encargado Manuel Azaña, pero el político seguía siendo presidente de las Cortes y como tal recibió una carta de José

Antonio que éste le escribe desde la cárcel el 9 de agosto cuando aquél se encontraba en Alicante. Carta que Zavala no cita.

En una de las páginas que el diario *La Razón* le cedió a José María Zavala para que escribiera lo que quisiera de su libro, llama «el Stalín español», refiriéndose a Largo Caballero. Al principio pensé que era un simple error, pero fue grande mi sorpresa cuando veo que lo repite en el libro. Pues no, señor Zavala, jamás Francisco Largo Caballero fue conocido así, sino que era conocido, o llamado, «el Lenin español». Lo puede comprobar en cualquier libro que se refiera a aquella época y cite al socialista. ¡En qué estaría usted pensando!

Y no sigo con más puntualizaciones porque tengo el espacio limitado; pero permítaseme una última que fue la que más me ha llamado la atención porque no es cierto lo que dice el texto que escribió al pie de una de las fotografías que publica en las páginas del huecograbado. La fotografía a la que me refiero, bastante recortada comparándola con la que ilustra este artículo, podemos ver a José Antonio rodeado de varias personas camino de la catedral oventense. Debajo de ella hay otra en la que vemos a José Antonio acompañado de cuatro personas, una de ellas Manuel Hedilla. Al pie de ambas, Zavala escribe: «Dos imágenes desconocidas de José Antonio que su hermana Pilar conservaba a su muerte entre sus papeles privados. La primera corresponde al mitin del Teatro Principado de Oviedo; en la segunda....». Pues no, señor Zavala, no, Vd. no sabe lo que escribe. De la segunda fotografía nada voy a decir porque no la conocía, pero déjeme que le hable de la primera donde comete no uno, sino dos errores. Esa fotografía que, repito, ilustra este artículo, fue portada de mi libro *Apuntes para una historia de la Falange asturiana*, editado en el año 2001, es decir, hace 14 años, así que lo de inédita se lo ha sacado Vd. de la chistera. Pero además, esa misma fotografía, el periodista Gustavo Morales, sin citar su procedencia, la publica después en la revista *Aportes*, nº 50 año XVII - 3/2002. O sea, de inédita nada, señor Zavala. El otro error que comete es que la fotografía corresponde al año 1934 y está hecha cerca de la catedral de Oviedo a donde José Antonio se dirigía para ver los destrozos que los revolucionarios

socialistas y demás ralea, habían causado en la Cámara Santa de la citada catedral. Como se sabe, la misma fue volada con dinamita por los que tanto nos han hablado, y siguen hablando, de cultura. El mitin en el Teatro Principado tuvo lugar al año siguiente el día 26 de mayo, en el que también hablaron: Manuel Matero, Fernández-Cuesta, Yela Utrilla, y Ruiz de Alda.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.